

do de una de esas hermosas casas, tan graciosas y tan alegres, que dominan el pintoresco panorama del Loira, claro y caudaloso.

Generalmente, nadie le turbaba en su bien ganado reposo, pero aquel día se le había ocurrido á Angela elegirle por su cabalgadura y ver *la facha que hacía* llevándola sobre su lomo. Y lo que quería Angela se llevaba á cabo; los años de servicios del veterano, su ceguera, su debilidad, no bastaron para defenderle; después de haber sufrido los caprichos de la niña, tuvo que sufrir sus impacencias, que se tradujeron de una manera un poco viva.

Angela, por su parte, no tenía de angélico más que el nombre, porque ni aun su lindo rostro ofrecía nada de celeste. La mirada imperiosa de sus ojos oscuros, su naricilla arqueada, su boca altanera, no eran la imagen de esos espíritus, todos dulzura y bondad; era una niña mimada y nada tenía de común con los ángeles.

Después de haber mortificado á *Galaór*, de todas las maneras posibles, la niña, impacientada con la inmovilidad parálitica del pobre animal, le espoleó con el talón é hizo sonar en sus oídos un látigo, digno juguete de un déspota. El perro no se movió ya, abrumado de fatiga; pero el ruido amenazante atrajo á la ventana á las dos hermanas mayores de Angela, Germana y Valentina; penetradas ambas de compasión al ver los esfuerzos impotentes del animal y su triste-

za resignada, reconvinieron á su hermana. Angela las miró riéndose, y continuó sus crueldades.

—¡Eres mala de veras!—exclamó Valentina,—¡deja ya á *Galaór*!

—¡Si papá te viera!—añadió Germana.

—Si papá me viera,—contestó Angela,—me reñiría, es verdad; pero mamá diría que hago bien...

—¡Vas á obedecerme!—gritó Valentina exasperada, y abriendo la puerta ventana que daba al terrado.

Tomó en sus brazos á la niña y quiso separarla del perro; pero Angela se resistió y se asió á las orejas de *Galaór*, que se quejó de una manera lamentable. Valentina, obstinándose á su vez, la levantó con un esfuerzo, encerrándola, á pesar de sus gritos de cólera, en la casilla donde guardaba el jardínero sus útiles de labranza.

—¡Dios mío!—exclamó Germana;—¿qué es lo que has hecho?... ¿y qué dirá mamá?

—¡Abridme!—gritó Angela enfurecida,—¡abridme, que tengo miedo!... ¡Yo se lo diré á mamá!

Sus gritos atrajeron á una joven y elegante dama. El oído de las madres está siempre inclinado hacia donde se hallan sus hijos.

—¿Qué habéis hecho á Angela?—preguntó á las dos niñas mayores.

—Mamá, estaba atormentando á nuestro viejo *Galaór*. No me hizo caso cuando le dije que lo dejase, y la encerré.

Madama Darboys corrió á la casilla, la

abrió y se vió aparecer á Angela, roja y con las facciones inflamadas por la cólera, con los ojos brillantes detrás de sus lágrimas.

—¡Tengo miedo!—repitió arrojándose en los brazos de su madre.

—La cabrilla tiene más miedo de oírla gritar que ella misma,—dijo en voz baja Valentina á su hermana, mostrándole con la mirada una cabrita del Thibet atada á un árbol, y que balaba al oír los gritos de la niña, mirando alrededor suyo con aire asustado y salvaje.

—¡Ha sido Valentina quien me ha encerrado!—dijo Angela cuando su madre hubo enjugado sus lágrimas, besando tiernamente sus ojos.—¡Nunca me deja jugar!...

—En verdad, señorita,—dijo severamente madame Darboys,—sois dura para vuestra hermana; parece que no podéis soportarle nada.

—Mamá, hacia tanto daño al pobre perro de papá... yo pensé que hacia bien en impedirselo...

—Otra vez me dejaréis á mí ese cuidado; sé demasiado que ni Germana ni vos amáis á esa pobre niña; desgraciadamente me he apercebido muy bien de esta triste verdad.

—Querida mamá,—dijo Germana aproximándose;—¿puedes pensar que no amamos á la niña?

—¡Basta!—repuso la joven madre.—Estas escenas me causan un mal espantoso. Id á estudiar... y tú, angel mio, ven; quiero que bebas un poco de agua azucarada.

—Sí, mamá, y me pondrás una cucharada de azahar.

Angela se asió de la linda mano de su madre, sacó la lengua con un gesto insolente á sus hermanas, y dió un fuerte puntapié á *Galabr*, que tendido al sol procuraba recobrar sus fuerzas perdidas.

—¿Lo ves?—exclamó Valentina, mirando alejarse al pequeño tirano con su madre.—¡Esto es insufrible, siempre lo mismo!... ¡Ah, que odiosas preferencias!...

—¡Ten paciencia!—respondió la amable Germana.—Mamá nos ama en el fondo.

—¡No digas eso!—exclamó exasperada Valentina;—¿qué me importa? ¡la superficie es insoportable!

II

Diplomacia

—Yo creo, amigo mio, que esta medida es de todo punto indispensable,—decía madama Darboys á su marido que la escuchaba con aire pensativo; desde hace largo tiempo

estoy viendo que el carácter de nuestras gemelas se altera; ambas tienen contra su hermana una antipatía increíble, y la mortifican sin cesar, sobre todo Valentina.

—Valentina tiene, en efecto, el carácter vivo,—repuso el padre con acento indulgente, pero su corazón es muy bondadoso.

—Si, por cierto, amigo mío, nadie como yo conoce sus buenas cualidades y de ellas estoy orgullosa; pero desearía que su carácter algo altanero se doblegase bajo el yugo de una regla, que aprendiese á vivir con otras niñas.

—Yo creo que vive bien con Germana, amiga mía.

—¿Qué tiene de extraño? Son gemelas y puede decirse que las une una total conformidad de gustos y de naturaleza; lo que yo digo se refiere á las relaciones de nuestras dos hijas mayores con Angela.

—¡Ah! ¡la dificultad de siempre!—suspiró monsieur Darboys.

—Las dos alimentan contra esta niña unos celos sordos, y que irán creciendo, si no se detiene su progreso.

—¿Y de qué modo?

—Ya lo he dicho; alejando temporalmente á Germana y á Valentina. El Sagrado Corazón de Marmontier está muy cerca de aquí.

—Pero no es la casa paterna.

—Es á lo menos una dirección excelente; estaremos tranquilos acerca de la educación de nuestras hijas, y ellas se hallarán bien y serán dichosas.

—¿No sabes que mi deseo era que ninguna de nuestras hijas se alejase de nuestro lado?

—Sin duda; pero contra lo imposible no hay razones; yo declaro que me es imposible educar á las mayores.

—Susana,—repuso monsieur Darboys con gravedad,—¿has reflexionado en esa imposibilidad pretendida, y en cuáles son sus motivos?

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedes educar á tus dos hijas mayores, no obstante ser buenas y encantadoras, no porque detesten á Angela, sino porque tú misma amas locamente á esa niña, á la que concedes sobre sus hermanas una preferencia demasiado visible.

—¡Esas son ideas tuyas!—dijo madama Darboys con mal humor.

—En todo caso, no son ideas nuevas: desde los primeros años de Angela, te he dicho que la amas sin medida y sin razón, y que le sacrificabas á sus hermanas.

—¿Es decir que soy una mala madre?

—¡Dios me guarde de pensarlo! pero...

—¡Pero qué! acaba...

—¡Pero tus preferencias mal justificadas te hacen injusta.

—¡Angela es tan pequeña!

—Ya tiene ocho años.

—¡Y es tan bonita!

—¿Pues acaso no lo son Germana y Valentina? y además, ¡como han sido educadas con dureza y sin mimos, son más amables y

más tiernas que lo ha de ser jamás tu favorita!

—Convendrás conmigo, Augusto, en que si yo tengo alguna leve preferencia, no estás tampoco exento de ese mal; ¡para tí las gracias de tus gemelas no tienen número ni fin!...

—Sí, confieso que hago justicia á mis hijas; Germana es un modelo de dulzura y su corazón es afectuoso y noble. ¡Y Valentina, aunque tenga el carácter algo vivo, abriga el alma más generosa!

—¡Con qué fuego hablas! ¿y no me será permitido añadir que mi pobre Angela es cariñosa y llena de gracia?

—Sí, cariñosa para tí sola; sus gracias salen sólo cuando quiere conseguir alguna cosa; es egoísta, muy egoísta y la falta es tuya.

—¡Ah! ¡qué injusticia!

Y madama Darboys, sobreexcitada por esta discusión echó á llorar; su marido, como todos los hombres verdaderamente valerosos, no sabía resistir á las lágrimas; éstas eran el argumento irresistible que le doblegaba siempre.

—Vamos, mi querida Susana,—le dijo tomándole una mano,—ya que así lo quieres, y ya que la educación en común tiene también un lado bueno, nuestras dos hijas mayores irán al Sagrado Corazón; pero la menor irá también.

—¡Ay, amigo mío! ¡Angela es tan delicada! ¡necesita de un cuidado continuo!

Monsieur Darboys meció la cabeza con aire incrédulo.

—Angela,—repuso,—es un poco endeble; pero el régimen que sigue en casa, y que está solo arreglado á su afición á las golosinas, es detestable; la buena sopa, las legumbres, el asado del refectorio, le aprovecharán más que los dulces y las frutas, y cuando se levante á la seis y se acueste á las nueve, tendrá pronto la frescura de su edad.

—Separarme de ella...

—Hagamos un pacto. Angela irá á la pensión cuando tenga doce años; la edad que hoy cuentan sus hermanas.

—¡Cuatro años ganados!—pensó con alegría madama Darboys; y pasando un brazo al derredor del cuello de su esposo, dijo en voz alta:

—Se hará como tú quieres, amigo mío; hasta entonces su salud se robustecerá... es, pues, un asunto arreglado... Pero es preciso pensar en la partida de las niñas mayores; las clases se abren en Marmontier dentro de ocho días.

—¡Ah!—murmuró el buen padre con acento triste,—¡qué pronto van á dejarnos nuestras hijas! Pero más vale así; porque aquí, en la casa de sus padres, no eran nada dichosas.

—¡Dios mío! ¿por qué dices eso?—exclamó con acento doloroso la joven aún y elegante Susana,—yo no soy para ellas una madrastra y tú las idolatras.

—Las amo, y amo también á la menor.

aunque conozca sus defectos; pero los deberes de mi cargo me detienen fuera de casa, y entretanto mis hijas sufren aquí...

—¡Pero Augusto! ¿es posible que me creas capaz de hacer sufrir á mis hijas? ¡Oh, qué ceguedad! ¿no son mías también?

—Voluntariamente no les causas penas, lo sé; pero á cada instante dejas ver una preferencia injusta por Angela que debe herir el corazón de sus hermanas.

Madama Darboys, afligida de veras otra vez, llevó el pañuelo á sus grandes y bellos ojos empañados por las lágrimas, y guardó silencio. Después de algunos instantes su marido se levantó, dió una vuelta por la estancia y dijo con voz alterada por la emoción:

—Yo mismo quiero prevenir á mis hijas. Tú, querida Susana, ocúpate de sus equívocos; que nada se economice en ellos... no se puede hacer menos por las pobres niñas después de separarlas de nuestro lado... No olvides que Angela irá también á la pensión.

Salió dicho esto, y Susana quedó triste y pensativa; le era imposible desconocer lo fundado de los reproches de su marido, y se esforzaba en hallar excusa á sus propios ojos.

Dentro de nosotros existe un tribunal; la conciencia es al mismo tiempo el Fiscal y el Juez; mas los gustos y las pasiones son muy hábiles abogados, y con frecuencia su voz sofoca la de la verdad.

¡Ay! muchos de nosotros sólo en los últimos límites de la vida, sólo ante las luces de la eternidad comprendemos que el Juez tenía razón, y que el Abogado no era más que un sofista.

Madama Darboys se decía:

—Yo amo á Angela, lo mismo que á sus hermanas; pero es tan pequeña, tan débil, tan bonita... ¿Cómo podría pasar sin mis cuidados? Valentina y Germana han llegado ya á la edad de la razón; y además, ¿tengo yo la culpa de ser amante de la belleza? Angela será muy bonita, ya lo es ahora, y nunca sus hermanas han halagado como ella mi vanidad de madre; esperemos en Dios que durante estos cuatro años mi marido, que no verá ya á sus hijas mayores, tomará cariño á la menor, y no pensará en sujetarla al régimen del convento.

Mientras Susana hacía estas reflexiones Angela entró bruscamente y saltó sobre sus rodillas; había corrido y un suave matiz rosado se extendía sobre sus mejillas; sus gruesas trenzas estaban casi deshechas y había cogido una rama de hojas de vid y de pámpanos, que se había puesto á manera de guirnalda sobre sus cabellos; era, á la verdad, una inocente y encantadora Erigona, y su madre, al ver aquel gracioso rostro, aquella mirada que para ella se volvía cariñosa, al encontrarse enlazada por aquellos bracitos desnudos, su madre sintió subir á su corazón una ola de ternura, abrazó á la niña con toda confianza, porque no estaban pre-

sententes los ojos que la acusaban de su ciego amor hacia ella, y le dijo esas mil palabras de amor, con las cuales la había mecido en la cuna.

—¿Está papá enfadado por lo de *Galatón*?—preguntó Angela algo cuidadosa.

—No, ángel mio, no,—respondió su madre;—¿quién se puede enfadar contigo?

—Mejor; así me traerá alguna cosa bonita cuando vaya á Tours; encárgaselo tu, ¿lo oyes, mamá? y que no se te olvide.

III

El convento

—No eres razonable, hermana mía,—decía Germana estrechando la mano de Valentina;—al oírte, pensaría cualquiera que nos envían á las antípodas.

—¿Quizás tienes razón, Germana! Pero, por más que reflexiono, yo estoy mortalmente triste al pensar que vamos á salir de casa. ¡Jamás pensé que esto pudiera llegar! ¡amo tanto todo lo que nos rodea!

Al decir estas palabras, Valentina extendió su mirada cubierta de acerbos lágrimas por la estancia; y luego sepultó su lindo rostro entre ambas manos y empezó á sollozar.

Las dos gemelas, que contaban doce años y algunos meses, eran encantadoras: ambas tenían el cabello rubio, pero el de Valentina algo más obscuro que el de su hermana, armonizaba perfectamente con sus grandes ojos castaños, con el dulce sonrosado de sus mejillas, con su boca arqueada y pequeña, con su delicada nariz y graciosa frente. Valentina era una niña muy hermosa, y prometía ser una joven adorable; delgada y alta para su edad, la elegancia y distinción de su figura eran una copia de las gracias de su madre, á la que, á pesar de su desdén, se parecía en extremo.

Germana era rubia como las espigas; sus espesos cabellos, recogidos bajo un peine de concha obscuro, guarnecían en ondas su frente de marfil; sus rasgados ojos azules recordaban la profunda y dulce mirada de su padre; una expresión de calma y de resignada reflexión era lo que dominaba en aquel lindo rostro de doce primaveras, hablando muy poco en favor de la dicha de la pobre niña. Germana tenía la belleza de un ángel, sus mejillas redondas ostentaban dos hoyitos encantadores; su barba fina, su nariz recta, sus dientes de nacar, su cuello algo largo, le prestaban en conjunto una suavidad encantadora; la vista erraba complacida y encantada sobre aquellas dos preciosas

criaturas sin saber cuál era la más linda.

Germana, como Valentina, extendió en torno suyo una mirada triste, y luego miró por la ventana abierta.

El paisaje era encantador: desde el terrado del castillo de la Bichardiere, porque es sabido que en la Turena todos los castillos tienen un nombre, se descubría hasta las majestuosas torres de San Gracian; á la izquierda el faro de la Roche Corbon proyectaba sobre las colinas una sombra gigantesca: en frente del terrado, el engañoso y bello Loira rodaba sus aguas tranquilas, y sobre las elevadas colinas se veía la animación y la alegría de las vendimias. Los racimos color de ambar y de amatista caían bajo las tijeras: veíase á la puerta de las blancas casitas abiertas en la falda de las rocas á las mujeres sentadas, y ocupadas en bordar, según la costumbre de la Turena, donde todo es fácil y dulce, el aire, la vida y hasta el trabajo.

A una gran distancia y á través de la atmósfera luminosa de la tarde, se descubría, siguiendo el curso caprichoso del río, un grupo de árboles que velaban á medias un edificio y sus torres: era la antigua Abadía de Marmontier, el primer Monasterio de las Galias, lleno de los recuerdos de San Martín, tan querido de los primeros Reyes; hoy pertenece á las damas del Sagrado Corazón.

Valentina, al encontrar aquel detalle del cuadro, separó la vista con expresión de impaciencia y de pesar.

—Veremos, aunque sea desde lejos la casa de nuestros padres,—dijo Germana para consolarla;—esto ya vale algo; yo creo que seré dichosa sólo con ver desde lejos la cima de nuestros grandes álamos.

—Sin duda,—respondió Valentina enjugándose los ojos,—yo no saldria tan descontenta de casa á no ser porque nos arrojan de ella.

—La palabra es dura.

—¿Y acaso no es justa? ¿no estaba convenido entre papá y mamá que seríamos educadas las tres á su lado? ¿tienen alguna queja de nosotras? ¿no estamos tan instruidas como todas las niñas de nuestra edad?

—No podemos hacer la comparación,—respondió dulcemente Germana.

—¡No te hagas la modesta y sé sincera! Si no es por Angela, ¿por quién mamá nos arroja de casa? Papá nos deja marchar porque supone, y con razón, que sufrimos aquí; ¡ah, pobre papá! cede por la paz y por nuestro bien; ¡pero él sí que nos ama de veras!

—Y nuestra madre también; pero, ¿qué remedio? Está encantada con la niña, y luego, unas muchachas tan grandes como nosotras, que pronto tendremos trece años, no podemos ser mimadas y acariciadas como Angela. Conven conmigo en que tengo razón.

—Me admira tu afán de querer justificar lo que es incalificable, mi buena hermana; mis recuerdos no son antiguos ni está lejana la época en que tú y yo teníamos ocho años; conven á tu vez en que mamá ni nos adula-

ba ni nos acariciaba: dame á tu vez la razón.

—Si me apuras así, me obligarás á hacer-te una confidencia.

—Habla.

—Pues bien, he prometido á Dios que desde el instante, aún tan cercano de nuestra primera comunión, no tendría más celos de Angela.

—Lo que quiere decir que los tenías y que tenías motivo.

—¡No me atormentes! He prometido amar siempre á la niña y respetar á mamá. No me hagas faltar á mi promesa, Valentina, porque se la he hecho á Dios cuando descendía á mi alma en la comunión.

—Y para mí,—observó Valentina sonriendo,—¿no has prometido nada?

—¿Acaso tengo yo que prometer el amarte con todo mi corazón?—preguntó Germana tomando entre sus manos la cabeza de Valentina y besándola en la frente y en los cabellos.

—A lo menos no nos separan,—dijo Valentina,—y esto es un consuelo: si tuviera que dejarte, hermana, creo que me moriría.

—Está tranquila; jamás, en nuestra vida nos separaremos; ya verás como Marmontier te agrada: estoy segura.

En aquel instante se oyó la voz aguda de Angela que disputaba con la doncella de su madre.

—Lo cierto es,—dijo Valentina con resolución,—que allí estaremos en paz, que ten-

dremos amables compañeras, y que no asistiremos á las escenas que aquí estamos presenciando sin cesar con esa niña mal criada.

Germana prosiguió calmando á su hermana con mil tiernos razonamientos: el carácter sensible y vivo de Valentina se irritaba á cada instante con visibles injusticias; y aunque le entristecía la idea de separarse de su padre, tan bueno y afectuoso para ellas, comprendía que la permanencia en la casa paterna podía perjudicar á los sentimientos de amor y respeto que ella quería guardar inviolables para su madre, y llegó hasta á mirar con alegría la perspectiva de algunos años pasados en un asilo apacible y piadoso y bajo una dirección dulce é igual.

Al día siguiente las dos hermanas entraron en la abadía de Marmontier. Germana encontró allí todo lo que esperaba. Valentina no halló nada de lo que temía.

La calma de aquella tranquila morada, la atractiva dulzura de las religiosas, el recogimiento que reinaba en la capilla, la emulación sin envidia, que dominaba en las clases, la alegría del recreo, todo convenía al alma amorosa de Germana, todo contribuía á extender la paz en el alma apasionada de Valentina.

Cuando el primer jueves, después de su instalación, su padre fue á verlas, ambas le dijeron al abrazarle:

—¡Papá estamos contentas y somos dichosas!

Por la tarde escribieron las dos á su ma-